

# Temblor de agua dentro de un cristal

Josep María Rodríguez

Hay una relación evidente entre el relato y la poesía, dos disciplinas que persiguen una misma intensidad, eficacia y economía lingüística. Y en las que el texto debe ser un puzzle donde todo encaje. Sin piezas de más, pero también sin piezas de menos. En un difícil equilibrio sólo al alcance de los mejores funámbulos. De ahí que Luis Mateo Díez, en un artículo publicado a finales de los años ochenta en la revista *Ínsula*, se hiciera eco de la generalizada creencia de que «en la poesía se encuentra el grado límite de la expresión literaria», para afirmar después que es en el cuento donde se llega al «grado límite de la expresión narrativa».

Concreción e impacto. Julio Cortázar comparó el cuento con un combate de boxeo que se gana por knock-out, mientras que la novela se gana a los puntos. Una definición verdaderamente certera de los relatos del propio Cortázar, pero que tal vez no lo sea tanto cuando nos referimos a otros escritores, como Raymond Carver o John Cheever. Y lo mismo podría decirse de José Mateos, que acaba de ver publicado su primer libro de relatos: *Historias de un dios menguante*.

Nacido en Jerez de la Frontera el año 1963, José Mateos es uno de los autores más representativos del actual panorama de la lírica española. *Canciones* y *La niebla* son dos obras imprescindibles. Sin embargo, su compromiso creativo va más allá de las formas y los géneros literarios: poesía, aforismo, cuento... Siempre desde el respeto a la tradición. Consciente de que la música es sólo una, pero cada instrumento requiere de una técnica distinta.

---

José Mateos: *Historias de un dios menguante*. Pre-Textos, Valencia, 2012.

Que quede claro: *Historias de un dios menguante* no es el libro de relatos de un poeta, por más que la prosa de José Mateos comparta la nitidez y el brillo de sus versos. Resulta significativo que en el segundo de los nueve textos que integran el volumen —y que lleva por título «¿Cuándo ocurre lo imposible?»—, uno de los personajes, el joven estudiante Miguel Hidalgo, comente que «hay algunos que hablan para que no se les entienda». A lo que el profesor Laurent Damiani responde: «Es la moda» (pág. 34). Ni que decir tiene que tras la evidente crítica se esconde una declaración de intenciones. Una arriesgada poética: porque la desnudez no permite esconder los defectos. Cuando los hay.

Muchos directores de cine parecen preocuparse únicamente por los efectos especiales de sus películas. Y lo mismo sucede con ciertos narradores, que fían la suerte de sus cuentos a giros inesperados y piruetas tan fáciles como innecesarias. No es el caso de José Mateos, cuya escritura huye de las trampas, los sobresaltos y los fuegos de artificio. Supongo que porque tampoco los necesita. Hay en su prosa una sobriedad y una engañosa sencillez que llega a provocar que el lector se olvide de que está leyendo: igual que nos olvidamos continuamente de que respiramos. Y ese es, quizá, su gran mérito.

¿Qué tienen en común estas *Historias de un dios menguante*? Dos terroristas vascofranceses que conducen una furgoneta en dirección al sur. Un inmigrante hispano buscándose la vida en una ciudad cualquiera de Estados Unidos. El adinerado presidente de un club de fútbol. Una mujer a la que su marido ha abandonado y cuya hija culpa secretamente de lo sucedido. El ya citado profesor Damiani, que participa en un curso de verano que Julián Marías organiza en El Escorial. Un adolescente balcánico que pregunta a su padre por lo sucedido durante la guerra. Tres topógrafos que están haciendo unas mediciones en la Sierra de Cádiz. Una madre que va a visitar a su hijo a un hospital psiquiátrico. O Willy y Carmela, dos jóvenes que aprovechan el verano para irse juntos de camping y, de paso, a un concierto.

Aparentemente nada relaciona a los particulares héroes de estos relatos. Pero sólo aparentemente. El tercer cuento de *Historias de un dios menguante* se titula «La piedad». Está narrado en primera persona. Y hay un momento en el que la protagonista

rememora un viaje a París: «Recuerdo sin embargo que un día antes de regresar, después de ver amanecer desde las escalinatas de Sacré Coeur, me asaltó la idea de... ¿ahora no sé cómo decirlo?, de la fugacidad de todo, quizás. Eso es, de que yo y cuanto me rodea éramos tan frágiles que apenas bastaría una mota de polvo sobre la palma de mi mano para inclinarnos al vacío» (pág. 49). No se me ocurre mejor definición de esta serie de personajes en la cuerda floja. Todos ellos tratando de «disipar la confusión en la que viven» (pág. 83).

Una confusión de la que José Mateos se mantiene al margen de forma voluntaria y premeditada. En la línea de lo que proponía Antón Chéjov: no se escribe para buscar soluciones o remedios, sino para plantear preguntas. La punta del iceberg, que diría Hemingway. Después ya el lector se encarga de juzgar el asesinato de Alexis, la pederastia de Don Manuel o la adicción a las drogas de Willy. Vuelvo a Cortázar: «Un cuento, en última instancia, se mueve en ese plano del hombre donde la vida y la expresión escrita de esa vida libran una batalla fraternal, si se me permite el término; y el resultado de esa batalla es el cuento mismo, una síntesis viviente a la vez de una vida sintetizada, algo así como un temblor de agua dentro de un cristal, una fugacidad en una permanencia». La fugacidad de la existencia humana. La permanencia de estos relatos esenciales y al mismo tiempo sugerentes. Impecables. Definitivos ©